

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

AÑO III
NUM 106

40 Cents.

27 FEBRERO
1927



PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.—ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: SAN SEBASTIÁN.—ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID CALLE DE VALENCIA, 28. APARTADO 447.—SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA. AÑO 20 PESETAS. SEMESTRE 10 PESETAS. TRIMESTRE 5 PESETAS. OTROS PAISES AÑO 30 PESETAS.



DESVENTURAS DE LUCIO MIRAGUANO

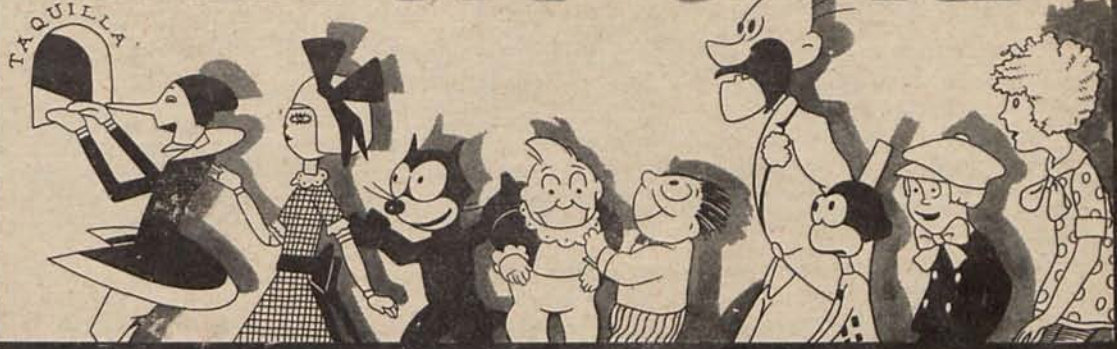


**PROGRAMA
PARA HOY**

**EL
EXPLORADOR
DE LOS
MARES**

Sensacional

GRAN CINE



La casa del Escarpe.



El destructor *Huracán*, con el oficial Colin Wood al mando, navegaba por las plácidas aguas del sur de Arabia, al este del golfo de Aden, a una velocidad de treinta nudos.

La tarde era despejada y apacible, y la tripulación del *Huracán* estaba deseosa de algún acontecimiento sensacional que rompiera la monotonía del viaje. El Capitán, que iba siempre explorando el mar con los gemelos, divisó algo que se movía, a unos doscientos metros de donde estaban; quedóse mirando fijamente hasta distinguir que lo que se movía no era ni más ni menos que la cabeza de un hombre, el cual parecía luchar desesperadamente por salvarse.

Este era un negro corpulento, del este de Africa, que en estado normal debía de tener la fuerza de un gigante, pero que en aquel momento se hallaba en un estado lastimoso; debía de llevar varias horas luchando con la muerte. Una vez a bordo, el médico le dió unos analépticos para reanimarlo, y el pobre negro empezó a dar señales de vida; entonces el Capitán le interrogó; pero vió con gran sorpresa que respondía en un inglés ininteligible y que lo hablaba con dificultad.

—Mí, Bimbi, de Gubla —dijo.

—¿Y cómo es que se encuentra usted nadando por aquí, tan lejos del continente, y mucho más lejos de su país? —preguntó Wood.

—Mí nadar, volver a Gubla —respondió el negro esforzándose por hacerse entender—. Mí hablar mal inglés.

—Bien; ven conmigo abajo.

Bimbi bajó con el Capitán, y valiéndose de las pocas palabras inglesas que sabía, contó a Colin una historia que hizo a éste regocijarse ante la perspectiva de una interesante aventura.

Brevemente, Bimbi relató que lo habían llevado lejos de su país en compañía de otros veinte hombres; todos ellos habían sido vencidos por unos árabes y conducidos hasta el mar, andando muchos días a través de selvas y bosques; luego los habían metido en un barco que iba por las costas de Arabia hasta un lugar en el cual pensaban venderlos como esclavos.

No podía decirle gran cosa al Capitán acerca del sitio adonde los conducían, porque él nunca había salido antes de su tierra; pero Colin fué lo bastante hábil para coger una pista que prometía arrojar mucha luz.

El pueblo de la costa de donde había partido el barco negrero, según Bimbi explicaba, era un sitio con muchas casas; a la espalda de ellas había una montaña, y en esa montaña un gran edificio blanco.

Esta tosca descripción trajo a la memoria de Colin el pequeño puerto africano situado a veinte millas del punto en que se hallaba entonces el *Huracán*. Wood volvió al puente para poner al destructor con rumbo al lugar que coincidía con la descripción de Bimbi.

El *Huracán* ancló en una pequeña bahía; por encima de la playa se apiñaban unas cuantas casas, y detrás de éstas, la escarpada colina, en cuya cúspide, y medio oculto entre los árboles, se erguía un magnífico edificio blanco.

A la derecha del pueblecito, mirando desde el mar, subía una carretera hasta la cúspide de la montaña; esta carretera debía de ser el único acceso a la casa blanca.

Mucha gente acudió a la playa a ver el buque; la mayoría eran comerciantes indígenas que veían en los marineros unos posibles compradores para las baratijas que vendían en puestos y bazares.

Los marineros saludaban a todos cordialmente, disfrutando un poco con la vista de los indígenas. Destacándose entre ellos apareció por la playa un árabe de piel oscura, que después de buscar al Capitán se acercó a él y se inclinó respetuosamente y dijo con suavidad:

—Yo soy un servidor de Abdul Ben Hassan, quien me envía a suplicar al oficial inglés que le haga el honor de ser su huésped.

—¿Y quién es Abdul Ben Hassan? —preguntó Colin.

—El señor que vive en aquel palacio, excelencia; todos le conocen bien en estos contornos como rico comerciante que ha hecho una inmensa fortuna en honrados negocios.

Wood se decidió a ir con el árabe y respondió:

—Agradezco mucho la hospitalidad que tu amo me brinda y la acepto con mucho gusto.

Y volviéndose al guardia marina, añadió:

—Quedas al cargo del buque, Spring. Si realmente Ben Hassan no es más que un honrado comerciante, como dice este árabe, volveré en seguida; en tanto, deja a un marinero al cuidado del bote, y vosotros podéis pasear por el pueblo.

—¡Gracias, Capitán!

Colin siguió al árabe, que emprendió la marcha por la carretera empinada que conducía a casa de Abdul Ben Hassan.

El negociante árabe trató con la mayor atención y esplendidez al Capitán, quien, a pesar de todas las atenciones, desconfió de él desde el momento que le echó la vista encima.

Después de dos horas, Colin ya temía que su visita a la casa del árabe no le arrojaría ninguna luz en el asunto, cuando un disparo rasgó el aire tranquilo de la tarde; el disparo venía de entre los árboles que rodeaban la casa, y Wood se abalanzó por la ventana del salón donde lo habían recibido; sin que el árabe pudiera impedirlo, se echó al jardín y pudo ver la figura de un hombre que se escondía entre un matorral de arbustos de los que crecían al borde de la colina.

Colin corrió hacia el matorral y vió que aquel hombre era un negro y que tenía las manos atadas con una cadena.

—¡Oh, inglés, sálvame! —balbuceó el negro.

Pero tres árabes que venían persiguiéndole se arrojaron sobre él.

Abdul Ben Hassan, con la cara roja de ira, salió corriendo de casa, mientras Colin se interponía entre el negro y los árabes.

—¡Quietos! —gritó en tono imperativo.

Y dirigiéndose a Ben Hassan preguntó:

—¿Qué hace este negro encadenado en su casa, Ben Hassan?

—¡Y yo qué sé! ¡Se habrá escapado de algún presidio! —respondió Hassan.

—¡No, no! —repuso la voz implorante del negro—. ¡El quiere mí por esclavo! ¡El mandar lejos hermano Bimbi y muchos!

—¡Apoderaos de ese perro! —rugió Hassan a los árabes—. ¡Y a este intruso inglés, también; sabe más de lo que conviene!

Colin rechazó al primero que se le acercó tirándole al suelo de un puñetazo bien asestado; mas al querer arrojarse sobre los otros tres —pues también Hassan había tomado parte en la lucha—, lo empujaron para atrás hacia el borde del acantilado; allí sostuvo una lucha reñidísima, aguantando varios golpes, hasta que recibió uno en la cabeza con la culata de un rifle que le hizo caer al suelo a pocos pasos del acantilado.

Desvanecido por el golpe, quedó a merced de los árabes, mientras que los otros se apoderaban del negro.

Ben Hassan echaba chispas de ira.

—¡Buena la habéis hecho! —exclamó—. ¡Yo que he traído aquí a este inglés para alejar de él toda sospecha, y ahora,



por causa vuestra, se ha descubierto el juego! ¿Cómo ha llegado hasta aquí este negro?

—Se escapó anoche mientras nosotros fuimos a embarcar la última remesa de esclavos; desde entonces anda escondido por el bosque y no hemos podido encontrarlo hasta ahora.

—Pues ahora, si queréis salvar la pelleja, vosotros os las arreglaréis de modo que ese inglés no vuelva al barco.

—Eso es muy fácil, excelencia —respondió uno de ellos.

Abdul Ben Hassan asintió con la cabeza y se quedó pensativo un rato.

—Esto va a estropear todos mis planes —dijo—, porque los marineros ingleses no se resignarán a perder a su Capitán sin pregonarlo a los cuatro vientos; y son muy capaces de desembarcar con las tropas del barco y venir aquí; hay que tener mucho cuidado que no haya nada que despierte sus sospechas.

—Mañana llega una nueva remesa de esclavos del interior, excelencia —dijo uno de los árabes—, y sería mal negocio que los ingleses los vieran.

—¡Sí, hay que evitarlo! —rugió Ben Hassan—. Vete ahora mismo con media docena de hombres al encuentro de la partida de negros y su escolta, al otro extremo de la selva de Berud; les diréis que cambien de rumbo y que se dirijan a Rocky Beach, que está a cincuenta millas al oeste. Allí esperaré yo con un bote para recogerlos, y luego —añadió bajando la voz— yo cruzaré el golfo y me iré una temporada a mi país para reponerme.

—¿Y el Capitán inglés, excelencia?

—Lo lleváis con vosotros, y en la parte más intrincada de la selva lo dejáis.

Bob Luck sobre la pista.



El guardia marina Spring hallábase sentado en uno de los cafés de aquel pueblecito costero, tomando una taza de café, cuando irrumpió en el establecimiento Bon Luck.

—¡Hola, Luck! ¿Qué traes? —preguntó, sospechando por la actitud que debía ser portador de alguna noticia alarmante.

—¡Se trata del Capitán! Iba yo paseando por debajo del acantilado que hay a espaldas del pueblo, cuando me encontré con esto.

Y sacó del bolsillo la gorra de Wood.

—¿Y cómo se explica usted que estuviera allí la gorra, Luck?

—Porque habrá caído desde lo alto de la colina; fíjese usted las marcas que tiene de haberse rozado al caer.

—¿Y no cree usted que el Capitán puede haberla perdido en algún accidente?

Bob señaló una marca que tenía la gorra a un lado.

—El Capitán debe de haber sido herido en este lado de la cabeza cuando llevaba la gorra puesta; y tiene que haber sido un golpe muy fuerte para dejar tan gran señal en la gorra.

El guardia marina comprendió que Bob tenía razón; indubitablemente, Colin Wood se hallaba en peligro.

—¿Dónde están los otros, Luck?

—Ahí fuera esperando; los he reunido suponiendo que usted querría hacer algo para encontrar al Capitán.

El guardia marina, acompañado de los demás, partió inmediatamente al sitio donde Bob había encontrado la gorra. Bob, que guiaba la expedición, dijo al llegar debajo del acantilado.

—Si el Capitán está prisionero en la casa de ahí arriba, de nada nos servirá llegar hasta ella por la carretera. ¿No sería mejor que trepásemos por aquí?

Todos acogieron bien la idea, y la patrulla empezó la as-

El acantilado era muy desigual y tenía abundancia de salientes para apoyar los pies los ágiles marineros; aunque todos trepaban bien, ninguno tan rápidamente como Bob Luck, que hubiera sido capaz de arrostrar los mayores peligros por ayudar en algo a su querido Capitán.

Estaba ya a cinco metros por encima de los otros cuando

pudo agarrarse al borde del acantilado, y allí se detuvo al oír voces de alguien que pasaba por encima. Estos eran árabes, que iban diciendo:

—Yo me voy a escapar de aquí por la noche, Kali; Ben Hassan ha marchado, y los demás también se han ido a llevar a los esclavos por otro camino; va a ser muy peligroso estar aquí si vienen los ingleses a buscar al Capitán.

—Sí; pero al Capitán no podrán encontrarlo jamás, porque la selva es muy profunda y sabe guardar bien los secretos que se le confían; Ben Hassan volverá pronto para continuar con el negocio.

—Sí; pero no creo que nuestros camaradas vayan a la selva, porque se dirigen por los pantanos a Berud —respondió el otro.

Las voces dejaron de oírse; Bob Luck aguardó cinco minutos antes de saltar encima de la colina, y contó al guardia marina lo que acababa de oír.

Spring, que era un muchacho muy listo y sabía mucha geografía, recordó que los pantanos de Berud estaban al oeste.

Y emprendieron la marcha por los bosques, y a las seis de la mañana, después de haber andado sin descanso toda la noche, divisaron un fuego entre la selva, a unos cien metros de distancia. Ocultándose entre la hierba y los matorrales, llegaron hasta donde ardía el fuego, alrededor del cual estaban cinco árabes, y tirado en el suelo, atado de pies y manos, el Capirán.

Entonces emprendieron su verdadera obra los marineros del *Huracán*, porque se arrojaron encima de los árabes, y sacando fuerza de flaqueza, pelearon hasta quedar jadeantes, pero triunfadores, encima de los árabes, que yacían tendidos y medio muertos.

—¡Aquí nos tiene usted, Capitán! —exclamó Bob Luck apresurándose a desatarlo.

Wood se puso en pie.

—¡Gracias, muchachos! ¡Ya sabía yo que vosotros erais capaces de cualquier heroicidad por salvarme! ¡La obra no está terminada aún! —continuó—. ¡Así que todos al *Huracán* otra vez lo más aprisa que podamos!

Emprendieron la jornada, y hasta la tarde no llegaron a la playa; estaban completamente agotados; pero, aun así y todo, Colin fué directamente al puente, y a los pocos segundos el *Huracán* levaba anclas a la luz del crepúsculo.

Llegaron a Rocky Beach de noche,

pero muy a tiempo para ver zarpar a un hermoso barco árabe que salía del golfo de Aden.

El *Huracán* hizo señales para que parase, pero el barco no las atendió; tres veces le avisaron, y como el buqué se obstinara en continuar su camino, la tripulación del *Huracán* empezó a trabajar de veras.

En el casco del barco árabe rebotó un proyectil, que fué seguido de otro, como anuncio de algo peor si no obedecía las órdenes del *Huracán*.

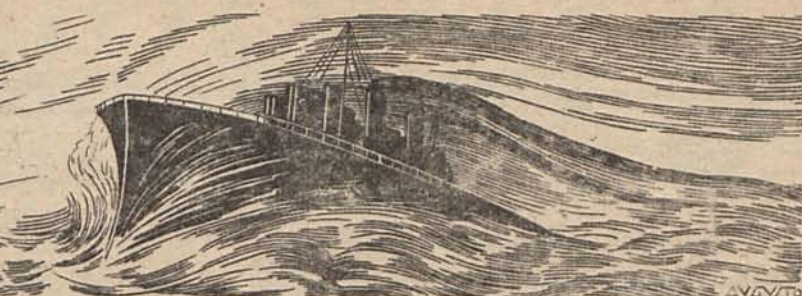
Entonces el barco árabe tuvo la audacia de desenfundar un cañón que tenía escondido en la proa y disparar al *Huracán*. Esto produjo una sensación de gozo en la artillería del destroyer, y en seguida volaba la chimenea del árabe. Entonces no tuvo más remedio que rendirse, y Wood, acompañado de unos cuantos, subió a bordo de él. Allí encontraron a Abdul Ben Hassan con veinte miembros de su banda y a treinta negros que el árabe transportaba por el golfo para venderlos como esclavos.

Veinte minutos después volvía Colin al *Huracán*, llevando consigo a Ben Hassan prisionero; entonces envió un mensaje inalámbrico al Almirante de la armada. En él explicaba lo ocurrido, añadiendo que por papeles encontrados a bordo del barco árabe sabía dónde habían sido enviados los targamentos de esclavos, y concluía con estas palabras: «Tengo en mi poder al barco árabe hasta nuevas órdenes». En seguida llegó la respuesta del Almirante, que decía: «¡Bien por el *Huracán*! Al amanecer estaremos ahí; ya no nos habéis dejado gran cosa que hacer, pero terminaremos la obra».

¡HA TERMINADO!

EL CRUCERO SIN NOMBRE

POR A.M. GIANELLA



(Continuación.)

Lo cierto es que yo he confundido el fragor del mar con el de una inundación de la bodega.

Lo confieso: por primera vez en mi vida he tenido miedo, no sé porqué, pues no temo a la muerte, y... ¿pero qué os sucede, señor mío?

Esta repentina pregunta había sido provocada por un movimiento de dolorosa sorpresa hecho por el comandante, al mismo tiempo que su rostro se cubría de frío sudor.

—El miserable nos va a perder —rugió, agarrando a Mop y haciéndole echar a andar con él. —Corramos... puede ser que aún sea tiempo.

¡Ah, qué desastre! Ha quitado el *shot-plug*.

IV

EL PRISIONERO DE LA BODEGA.



AIME Davy, al sentir que le faltaba apoyo bajo los pies probó la impresión del que, de improviso, se ve lanzado en el vacío desde el borde de un abismo, y cerró los ojos aterrado, como si hubiese querido sustraerse al espectáculo de su horrible muerte, al trágico espectáculo de su cuerpo magullado y ensangrentado.

Por algunos instantes, o sea durante el tiempo que necesitó para recorrer el espacio que mediaba del comandante al fondo de la bodega, pensó en una eternidad de angustia, de terror, de verdadera locura.

Esperaba un choque irresistible contra una materia sobre la que sus huesos habrían de quebrantarse, y por tanto quedó atónito al sentirse, por el contrario, caer y sumergir en un agua completamente salobre.

Nos apresuramos a declarar que, si bien es verdad que en un principio creyó haber caído en pleno océano Pacífico, lo cual hubiera sido para él la mayor desgracia, un fortísimo golpe en las piernas y en un hombro que le causó un agudísimo dolor, le advirtió inmediatamente un error.

Lo primero en que pensó, en vista de ello, fué que no estaba muerto.

Esta feliz observación le infundió al punto cierto ánimo y le indujo a hacerse otra no menos positiva.

No había perdido por completo el sentido, por tanto era de suponer que el mal causado a sus miembros por la caída, sería inferior al dolor que, como consecuencia, experimentaba.

¡Esto era lógico!

Mediante un esfuerzo intentó levantarse y tenerse de pie. El agua le llegaba al pecho y, en la profunda, absoluta oscuridad que le circundaba, si bien podía medir la profundidad, no le era posible conocer la extensión.

Ahora bien, aquel baño inesperado y tan violento tuvo la virtud de devolver al pobre capitán aquel dominio de sí mismo que comunmente se llama presencia de espíritu.

Calmóse de pronto y reflexionó.

—Diablo —dijo —¿dónde me encuentro...? ¿Habré sido echado en algún depósito de agua destinada a la tripulación?

El sabor acre del salitre que le había quedado en la boca, le obligó a descartar tal hipótesis apenas formulada.

—Imposible —añadió —esta es agua del mar: luego...

Detúvose, sobresaltándose y prestando oído.

Contra la coraza del crucero batían con furia las olas del Pacífico, y resonaban con ruido sordo, como de trueno, dentro del barco.

Todo el buque temblaba, dejando oír prolongados crujidos y gemidos extraños que parecían proferidos por un monstruo fabuloso en dolorosa agonía, luego se inclinaba a babor unas veces, a estribor otras, y con tal movimiento

alternativo, el agua en que se hallaba Jaime Davy se revolvía y amenazaba trastornar al prisionero.

Este, braceando en el vacío, había logrado agarrarse a una cuaderna y sostenerse.

Entonces fué cuando oyó aquel ruido característico que le hizo temblar.

Parecióle como que no lejos de donde estaba caía el chorro de una fuente. Tal sonido se percibía más claro, cuando el estruendo del mar contra los flancos del barco era menos sensible, durante el intervalo que mediaba entre el retirarse de una ola y la furiosa embestida de la otra.

A Jaime Davy pareció el hecho inexplicable; pero de repente una tremenda sospecha le asaltó a la mente, con la pavorosa sensación de un livido relámpago en las tinieblas.

—¿Sería que sus enemigos tratarían de hacerle perecer ahogado, para lo cual anegaban aquella parte de la bodega?

El espanto de una muerte tan atroz le infundió en las venas la fiebre de la desesperación.

Notaba que el nivel del agua subía ya hasta la altura de su cuello; pocos minutos aún y se vería obligado a nadar para mantenerse a flote y prolongar algunos momentos más la agonía de su existencia.

¡Y sus fuerzas estaban agotadas!

La fatiga, el sufrimiento y las últimas terribles emociones le tenían extenuado, quebrantado, aniquilado.

Se sostenía aún por un exceso de energía moral; pero bien sabía que había recogido en aquellos esfuerzos extremos los residuos de su vigor y que ya no era posible buscar más.

Era como un capitán que reúne los últimos supervivientes de su ejército para intentar un último contraataque.

Gimiendo dolorosamente, pidiendo auxilio con ronca voz, Jaime Davy intentó ganar un punto de apoyo más sólido y elevado y fué acercándose poco a poco al lugar donde se hallaba el misterioso chorro.

De pronto su diestra, buscando sobre el casco cualquier saliente en que sostenerse, fué embestida por una tromba de agua que entraba por un ancho agujero circular. Jaime Davy comprendió que se hallaba junto a la supuesta y temida fuente, mas súbitamente se redobló su espanto y dejó escapar un grito de angustia.

Aquella tromba líquida entraba en las bodegas, no del interior del crucero sino del océano a través de un orificio de los que abren los proyectiles de cañón disparados contra el casco de un buque y que, provisionalmente se cierran con unos tacos llamados, según la terminología inglesa, *Shot-plugs*.

Todo buque de guerra lleva una buena provisión de estos tapones, de todos los tamaños, a fin de tener dispuesto un medio rápido para preservarle momentáneamente del hundimiento o de que se lleven rápidamente los compartimentos inundados.

¿Quién había quitado el *Shot-plug* al crucero? ¿Es que había sido mal colocado y que la violencia del mar enfurecido o alguna otra causa lo había hecho salir?

Jaime Davy no pensó por lo pronto en indagarlo; dominado por el pensamiento del nuevo peligro, se preguntaba qué desastrosas consecuencias podía tener para el barco aquel incidente del que nadie sin duda tenía la más débil sospecha.

¿Y si lo descubriesen cuando la bodega estuviese completamente anegada, cuando la violencia de los movimientos y el cabecear del buque agitaba aquella masa líquida, lanzándola contra las paredes de los compartimentos y amenazando derribarlas?

(Continuará en el número próximo.)

DE LA COLECCIÓN
SALGARI:

Los dos rivales. Un tomo.
Los tigres de la Malasia. Dos tomos.
El rey del mar. Un tomo.

CADA TOMO,
1,25 pesetas.



HAICAR EL VISIR SABIO Y NADAN EL VISIR INGRATO

CUENTO DE LAS MIL Y UNA NOCHES

(Continuación.)

—¡Señor! —contestó Abicam—. Yo te haré conocer en su debido tiempo las relaciones que yo pueda haber tenido con un hombre para el cual guardas tú tal veneración.

—Si yo llegué a salir de los límites del respeto frente a Sinharib —replicó Faraón— fué precisamente por efecto del homicidio de este gran hombre; yo consideraba al rey de Asiria como un tirano que debía desaparecer de la tierra después de aquel terrible suceso.

—Y si Haicar viviese todavía —contestó Abicam— no trataría sino de vindicar a su rey de las odiosas calumnias que se han extendido sobre este monarca con tal motivo. Perdóname, señor, si una vez me atrevo a sostener opinión contraria a la tuya; nadie profesa más afecto que yo a la reputación y a los intereses de aquel visir, y esta devoción no podrá acabar más que con mi vida; pero ya sé (y tú lo conocerás oportunamente) que aquel hombre no fué siempre irreproachable. Diez y seis años antes de su desgracia, él mismo afiló con complacencia la espada con que había de ser herido y la entregó a Sinharib, cuyas manos la emplearon... Yo no puedo decir más; intérprete de las intenciones de mi señor cerca de ti, oh, rey del tiempo, no debo ser aquí la persona de su confianza; pero, volviendo a Haicar, no podré menos de criticarlo; él aspiró muy pronto al descanso y a la inacción: cuando el hombre ha nacido para el trabajo, la tranquilidad que persigue es una quimera. Si los negocios públicos están en manos de un sabio, no debe abandonarlos a un imprudente.

—Comienzo a persuadirme —dijo el rey— de que Haicar pudo haber cometido injusticias, puesto que la sabiduría que habla por tu boca me las señala. Te juzgo, por otra parte, muy superior a él para que le buscaras defectos, si realmente no los hubiera tenido.

—Bien pronto te convencerás, señor, de que en nada soy superior a Haicar. Me reprocho el haber tenido la desgracia de reconocerle tantas faltas.

—Mas —continuó diciendo Faraón— antes de tratar de nuestras condiciones (que yo considero, desde luego, arregladas), ¿querrás decirme de qué naturaleza es el objeto que se ha manifestado bajo figura de mujer y que tú has dicho ser el arquitecto de Sinharib?

—Yo te lo diré, señor —contestó Abicam—; pero que el jefe de tus ministros lo ignore!... Es una hermana del rey viejo, tía, por tanto, del que gobierna en la actualidad a Asiria. Ella se ha ofrecido voluntariamente a venir a cumplir sus intenciones, a condición de permanecer desconocida.

—No puedo darle una prueba más grande de mi admiración —dijo el rey— que accediendo a sus deseos; pero me cuesta un esfuerzo considerable en no dar a su rango, a su mérito, y sobre todo a la potencia extraordinaria de que está revestida, todos los homenajes a que es acreedora.

—Muchas distinciones, señor, merece esta mujer por varios respetos; pero no es su poder lo que debes pregonar, porque esto lo comparte con todas las mujeres de Asiria.

—Firmemos nuestro tratado, Abicam —exclamó el rey de Egipto—; es preciso que tú lo redactes; yo aspiro a la amistad de Sinharib, quiero verlo en Nínive y admirar su gloria. Están dadas las órdenes convenientes para que se te cuente el valor de cuatro años de todas las rentas del Egipto. A ello añado las novecientas libras que tu soberano me ha pedido para terminar la construcción de sus carros de guerra. Dile que quiero reunirme con él para combatir a sus enemigos; voy a repatriar a todos sus subditos que se habían refugiado en Egipto, y aquí tienes una carta que debes entregarle de mi parte.

FARAÓN, REY DE EGIPTO, A SINHARIB,
REY DE ASIRIA

¡Gloria a las potencias de las cuales emanan las gracias que han sido derramadas sobre la tierra! ¡Gloria a Aquel que os ha coronado con ellas!

Yo quería, hermano mío, disputar contigo de sabiduría, y hasta había impuesto condiciones; mas he sucumbido en la lucha: pago sin pena porque he oído y he visto cosas maravillosas. Me pides novecientas libras para subvenir a gastos extraordinarios: tengo mucho gusto en remitírtelas; tú me pagarás conviniendo conmigo un tratado de alianza ofensiva y defensiva que tu sabio embajador te llevará sellado con mi gran sello.

Abicam, colmado de honores y de regalos, y Asfagni, enriquecida con un sol de diamantes, tomaron el camino de Nínive, llevándose los tributos del Rey de Egipto. Dos grandes de aquella corte, a la cabeza de un destacamento de caballería, escoltaron a la embajada hasta la frontera de Asiria.



ESTE honor producía alguna inquietud a Haicar: no le gustaba ver tantas miradas fijas sobre las jaulas que encerraban los pájaros. En buena política, él los hubiera degollado y hecho enterrar en su tienda; pero no era capaz de causar mal a unos animales que tan bien lo habían servido. Se contentó con colocar a su alrededor una guardia permanente, y lo mismo si se veía obligado a detenerse por el día, que si había de acampar por la noche, él se arregló de modo que no pudiera descubrirse su inocente astucia.

Había despachado un guerrero a Sinharib, con una carta bajo el nombre de Abicam, contándole en resumen sus éxitos; lo prevenía de la vuelta de sus pueblos, expatriados bajo su dominación, y de la llegada de novecientas libras, junto con los impuestos que traía.

Nadán leyó la carta y se quedó confundido.

—¿Quién es —se decía— este Abicam, este protegido de Asfagni, que acaba de hacer tan grandes cosas en tan poco tiempo? Sinharib, en el más alto esplendor de la gloria, debía de estimarse muy feliz por verse tratado por igual del Rey de Egipto, y éste se declara su vasallo, cuando no tendría que hacer más que levantarse para invadir Asiria.

Nadán no salía de su asombro y veía en este extranjero un hombre demasiado peligroso para él, y ya se iba preocupando de los medios que debería de emplear para deshacerse de su persona.

Sinharib daba gracias al cielo por haberle conservado su antiguo visir, único capaz de sacarlo del atolladero en que se había metido por su propia negligencia.

El rumor público anunciaba en alta voz los prodigios obrados en el Cairo.

—¿El hombre que has empleado —decía Nadán a Sinharib— es un mago?

—No —contestaba el Rey— pero es un hombre maravilloso.

Mientras éste suceso ocupaba la atención de la corte y de la ciudad entera, Asfagni retornó a su palacio y el supuesto Abicam había hecho prevenir al rey de que descansaría dos días en su retiro, antes de venir a dar cuenta de su embajada. Sinharib voló al palacio de su tía y supo con detalles el éxito de la treta, de la cual solo le habían comunicado la idea, y se felicitó de su buena suerte; pero, como había previsto el sabio Haicar, al momento manifestó deseos de ver a los pájaros y a los niños, cuyas maniobras habían abatido el orgullo de Faraón.

—Esto no es posible —le dijo Asfagni—; Haicar, al comprometerles a servite, les prometió la libertad, y se la ha dado. No saques al rey de Egipto de su ilusión, déjala subsistir también en la mente de tus pueblos. Yo estoy muy contenta de verte antes que mi esposo haya vuelto a palacio; es imposible, en cuanto él tenga que desempeñar allí su cargo, que se anuncie bajo un nombre distinto del suyo; y, además, no debe sufrir al ingrato Nadán ni como compañero, ni como inferior. Este desventurado es el autor de todas las siniestras conspiraciones que habían deshonorado a mi esposo ante sus ojos; mientras ha sido necesario tú lo has soportado cerca de ti; mas una vez que Dios te ha devuelto a tu antiguo visir, no debes conservar al ministro peligroso que tramó su pérdida y quiso consumir la tuya propia. Su cabeza debería caer sobre el cadalso; pero yo te pido la gracia de dejarle a la disposición de Haicar. El indigno Nadán es su sobrino y debe castigarlo la misma mano bienhechora que él ha desdenado.

Sinharib accedió a los deseos de Asfagni y volvió a palacio, en donde Nadán lo esperaba con inquietud; el rey mismo también la tenía: así que lo apercibió, se dirigió al jefe de la guardia de Haicar, que estaba de servicio en el aposento real, diciéndole:

(Continuará en el número próximo.)

EL PEQUEÑO EXPLORADOR

— POR EMILIO SALGARÍ —



JOHN Berley había nacido y crecido en una pequeña aldea situada junto a la frontera de Arkansas, una de las regiones más inmensas y menos pobladas de los Estados Unidos, confinando con los territorios ocupados por los pieles-rojas, o sean los feroces indios de color cobrizo.

Habiendo crecido a tan corta distancia de las inmensas praderas recorridas por aquellos belicosos indios y por los cazadores, había oído hablar de extrañas aventuras acaecidas a los habitantes de la comarca: persecuciones de jinetes cobrizos, cacerías de bisontes gigantes, de caballos salvajes y de gamos rojos; así es que su cabecita no pensaba en otra cosa que en experimentar tales emociones.

—En cuanto conozca el manejo del fusil, marcharé a la pradera—decía a su mamá—. ¡Ya verás qué extraordinarias aventuras me sucederán y qué exploraciones realizaré!

—Cuidado, John, que por allí andan los indios—le contestaba su madre—y te arrancarán la cabellera y encenderán el fuego encima de tu pecho.

—Les pondré en fuga—replicaba el hombrecillo—. Quiero llegar a ser un famoso explorador y un cazador célebre.

Nadie, sin embargo, creía en sus palabras; así es que su madre y sus amigos acababan burlándose de él.

Pero John no hablaba nunca por hablar. Era firme en sus ideas y sólo esperaba el momento oportuno para correr a la pradera.

En los confines de Arkansas se aprende pronto a disparar un fusil. Por estar aquellas aldeas amenazadas continuamente por los indios, hombres y mujeres se adiestran todos en el manejo de las armas, para rechazar aquellos asaltos.

A los doce años, nuestro John sabía hacer fuego y, a veces, no erraba el blanco.

Era este el momento elegido por nuestro hombrecillo para poner en ejecución su proyecto.

Un día que sus padres le habían dejado solo, por haber tenido que ir a un pueblo próximo a hacer unas compras, el minúsculo explorador, se armó de un fusil, colgóse de la cintura un cuchillo de caza, se metió en el bolsillo un pedazo de pan y otro de queso y salió de su casa.

Los hombres y las mujeres del lugar, al verle armado de aquel modo y con un aire de conquistador, le preguntaban irónicamente:

—¿Vas a caza de bisontes, John?

—Ten cuidado, que los bisontes tienen cuernos.

—¡No; marchó a matar indios!

—¡Buena suerte, John! Diremos a tu madre que te prepare para esta noche una tisana, porque volverás medio muerto de miedo.

Y venga reirse a costa del pequeño explorador. Ni que decir tiene que ni uno sólo de ellos creía que aquella cabecita loca estuviese de veras decidida a marchar a la pradera.

—¡Ya les haré ver si tengo o no tengo miedo!—había murmurado el hombrecillo—. Esta noche, en vez de irme a la cama, dormiré al aire libre, entre las hierbas de la pradera.

¡Adelante, a buen paso, sin contestar a los sarcasmos de sus paisanos, que creían que su paseo se limitaría a dar una vuelta al pueblo o por el vecino bosque!



Una hora más tarde, el pequeño John, sin preocuparse de la pena que tendrían sus padres, atravesaba la frontera y se internaba audazmente en la inmensa pradera.

No tenía miedo, por lo menos mientras no veía indios ni fieras. Se creía un hombre de veras, un verdadero cazador y un verdadero explorador destinado a llegar a ser muy célebre.

—Descubriré las fuentes del Arkansas—decía para sí—. Y después iré a descubrir la del Missouri.

Al medio día hizo un descanso a la sombra de unos árboles, comiendo medio panecillo y un pedazo de queso, y después se puso de nuevo en marcha, dirigiéndose hacia unas colinas cubiertas de bosque que se proyectaban en dirección del Arkansas.

Cuando las alcanzó empezaba a anochecer. Los perros de las praderas, pequeños animales inofensivos que viven dentro

de madrigueras, como los

topos, dejaban oír sus lamentos lastimeros, mientras a lo lejos aullaban los coyotes, especie de pequeños lobos muy miedosos.

El pequeño explorador, viendo descender el sol y bajar las tinieblas y oyendo aquellos aullidos, empezó seriamente a dudar de su propio valor y a arrepentirse amargamente de haberse alejado del pueblo.

¡Cuánto hubiera dado por encontrarse en la templada cocina de su casa, entre papá y mamá, ante una humeante sopa de cebolla! Sin embargo, se dió ánimo y se preparó la cama para pasar la noche.

—Si mañana me falta valor para proseguir, volveré a casa—se dijo—. Contaré a todos que me he extraviado persiguiendo un pavo silvestre.

Cortó una buena brazada de hierba y la llevó a la sombra de un grupo de encinas negras, y en seguida devoró el pedazo de pan y el queso que había reservado para la cena.

—¿Y mañana?—se preguntó cuando hubo comido las últimas migajas—. ¿Qué me llevaré a la boca? No pensemos en ello; un explorador debe saber salir siempre de apuros.



Se tumbó en la hierba y trató de dormirse. El cielo estaba espléndidamente estrellado; la temperatura no era muy fría y un silencio profundo reinaba entre los bosquecillos que cubrían la colina.

El murmullo de las frondas invitaba al sueño; y sin embargo, el pequeño explorador no era capaz de cerrar los ojos. Un pensamiento insistente le atormentaba: su blando lecho.

Daba vueltas y más vueltas, y terminaba por sentarse en el suelo, mirando con angustia la sombra espesa que proyectaban las encinas.

—Entre aquella sombra debe esconderse algún animal. Me han dicho que en las praderas se encuentran osos negros —pensaba—. ¿Qué pasaría si viese delante de mí a uno de esos animalotes? ¡Qué dura resulta la vida de los exploradores! ¡Qué estúpido he sido en dejar mi camita por la pradera!... ¡Y la pena que tendrán papá y mamá! Mañana marcharé corriendo a casa y dejaré que otros descubran las fuentes del Arkansas. Se burlarán, se reirán de mí, en justo castigo a mi loca presunción.

Se acostó, procurando cerrar los ojos y repitiéndose que ningún peligro le amenazaba, que por lo demás, allí tenía el fusil para defenderse, pero en seguida volvió a dominarle el miedo. Aquella espesura del encinar podía ocultar animales feroces y quizá algunos de aquellos terribles indios que no perdonan nunca a los prisioneros de piel blanca.

Volvíanle a la memoria las terribles historias que le habían contado de cazadores de las praderas, sus encuentros con osos gigantes, colosales bisontes, lobos grises y se estremecía ante cualquier ruido de la fronda.

—¡Pobre de mí —balbuceaba, mientras se le llenaban de lágrimas los ojos—. Algún animal vendrá, de seguro, a comerme.

De pronto oyó a lo lejos un aullido. Venía de la colina en cuya base se había tumbado.

¿Era el grito de un lobo o de un oso? El pobre John no lo sabía. Pero de seguro no lo había lanzado una oveja, ni una cabra, ni un cerdo.

Sucedió un corto silencio; después oyó en otra parte un segundo aullido, al cual contestó de nuevo el primero.

Las dos bestias se llamaban quizá para asaltar juntas al pequeño explorador.

—Llegó mi fin —pensó John, castañeteándole los dientes—. ¡Pobre mamá y pobre papá! ¡Qué castigo tan grande!

Pero como aun siendo muy joven en el fondo poseía cierto valor, en vez de esperar la muerte en un lecho de hojas, se puso resueltamente en pie, decidido a defender el pellejo.

—¿Y si me subiese a un árbol? —se preguntó—. De este modo, me encontraría libre del asalto de estas fieras. Por los aullidos me parece que son lobos, y estos animales no saben trepar.

Buscó la encina más alta y agarrándose a las ramas, empezó a escalarla, maniobra que no era nueva para él, por haberla realizado millares de veces en el jardín de su casa.

Cuando se encontró a horcajadas en una de las ramas más gruesas, recobró el valor como por encanto.

—He ahí lo que hacen los exploradores cuando se ven atacados por las fieras—dijo—. ¡Y yo, tonto de mí, que no había pensado en ello! Ahora no tengo miedo a nadie, y si los lobos se acercan, los recibiré a tiros. ¡Ah, si pudiese regresar a la aldea con una hermosa piel! ¡Ya no se reirían de mí!

Las dos fieras acercábanse poco a poco. Sus aullidos se oían cada vez más claramente.

No había duda de que habían oído la presa y avanzaban para repartírsela fraternalmente.

John, al oírlos acercarse, perdía su tranquilidad. Tenía miedo de no encontrarse seguro ni si quiera en lo alto del árbol.

—¿Y si fuesen trepadores? —preguntábase con creciente ansia—. No he oído hablar jamás de lobos que trepen como los gatos, pero, ¿y si los hubiese? ¡Y a cada momento se acercan más! ¡La han tomado conmigo!

Grandes gotas de sudor salpicaban la frente del pobrecito y castañeteaban sus dientes.

Ni siquiera tenía confianza en aquel fusil con el cual se había prometido hacer una matanza de fieras y hasta de indios.

—Pobre de mí —suspiraba— Me comerán y no dejarán más que los huesos pelados.

De pronto vió dos animales salir de la espesura y avanzar al galope hacia el árbol. Eran dos lobos grises, los más grandes y más feroces de la familia. Tenían los pelos de punta y sus ojos brillaban como ascuas.

Al llegar junto al árbol, se pusieron a dar vueltas en torno, aullando siniestramente y enseñando los dientes. Parecían irritados de no haber encontrado la presa y de tenerse que marchar a su cueva con la barriga vacía.

John, aterrorizado, no se atrevía a hacer el más pequeño movimiento. Agarrábase desesperadamente a la rama que le sostenía, y parecía que hasta se había olvidado de que tenía un fusil y del modo de emplearlo.

Pero al ver que los lobos estaban resueltos a llegar hasta él, poco a poco fué recobrando ánimo y pensó que se había presentado el momento de intentar algún rasgo de valor.

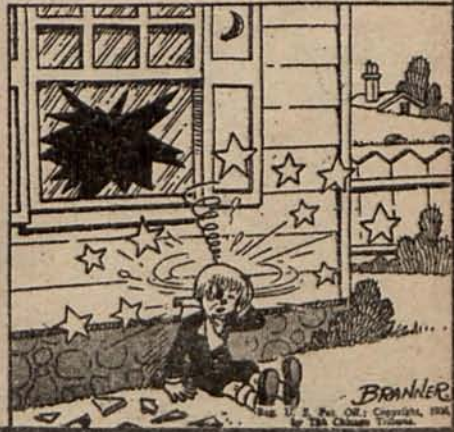
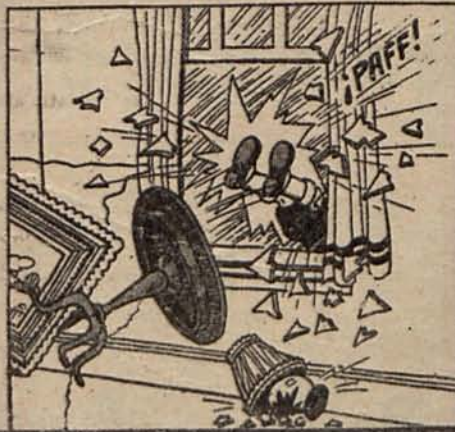
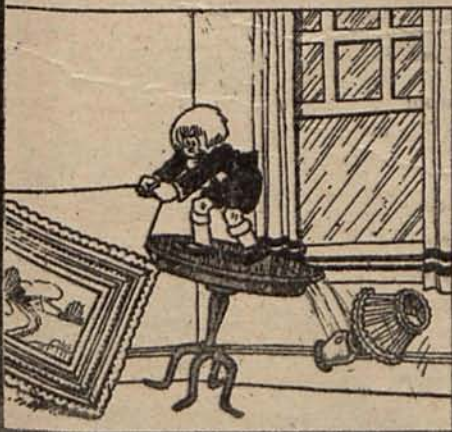
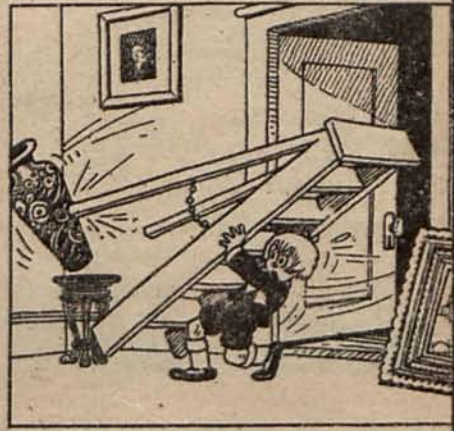
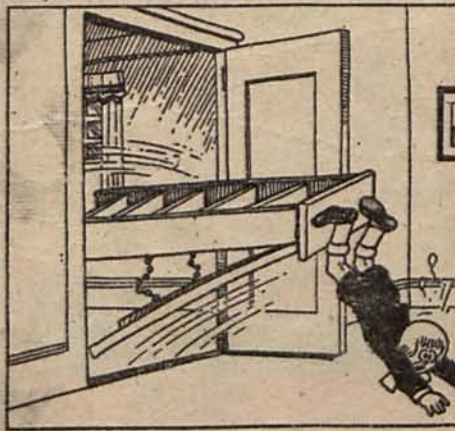
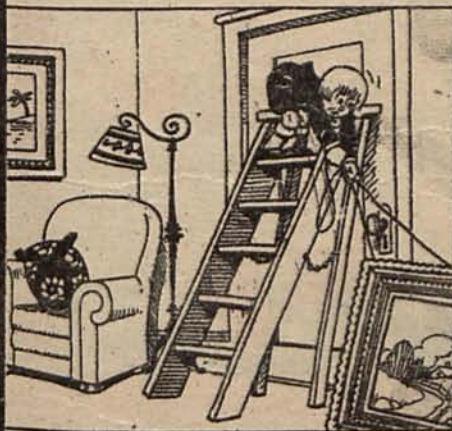
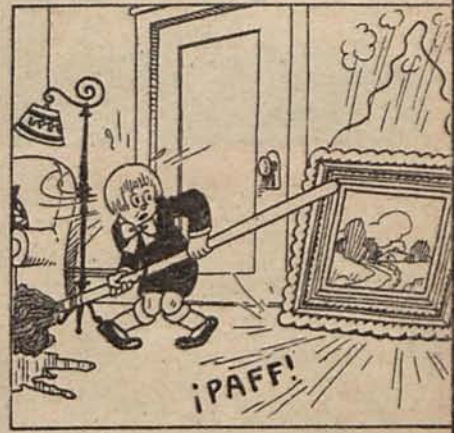
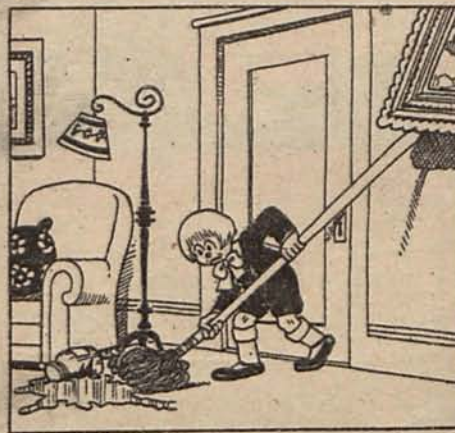
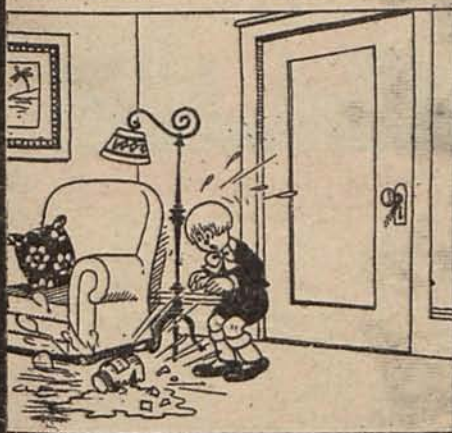
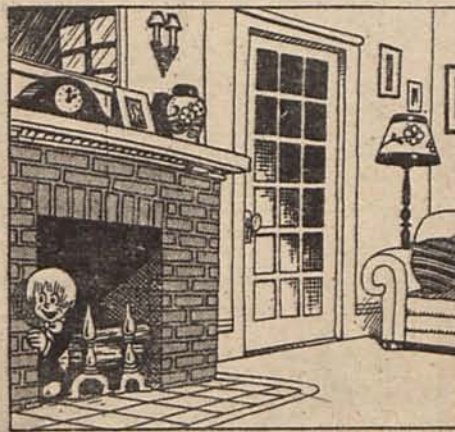
—¿Soy un chiquillo miedoso o un explorador que pretendía descubrir las fuentes de Arkansas? —se preguntó—. Si mis compañeros me viesen tendrían mucha razón de burlarse. Aun en el caso de que yerre el tiro, estos lobos no me comerán.



(Continuará en el número próximo.)

COLORÍN Y SU PANDILLA

¡ME VOY AN-
TES QUE
DIGAN QUE
LA HE ROTO
YO!



BRANNER
© 1934 Copyright, 1934
by The Chicago Tribune



UNA DE LAS TRECE FILAS DE SOLDADOS QUE COMPLETAN LA MAGNÍFICA CAJA CON 268 PIEZAS
QUE PINOCHO REGALA EN EL TERCER GRAN SORTEO DE REGALOS A SUS SUSCRITORES (2.º PREMIO)

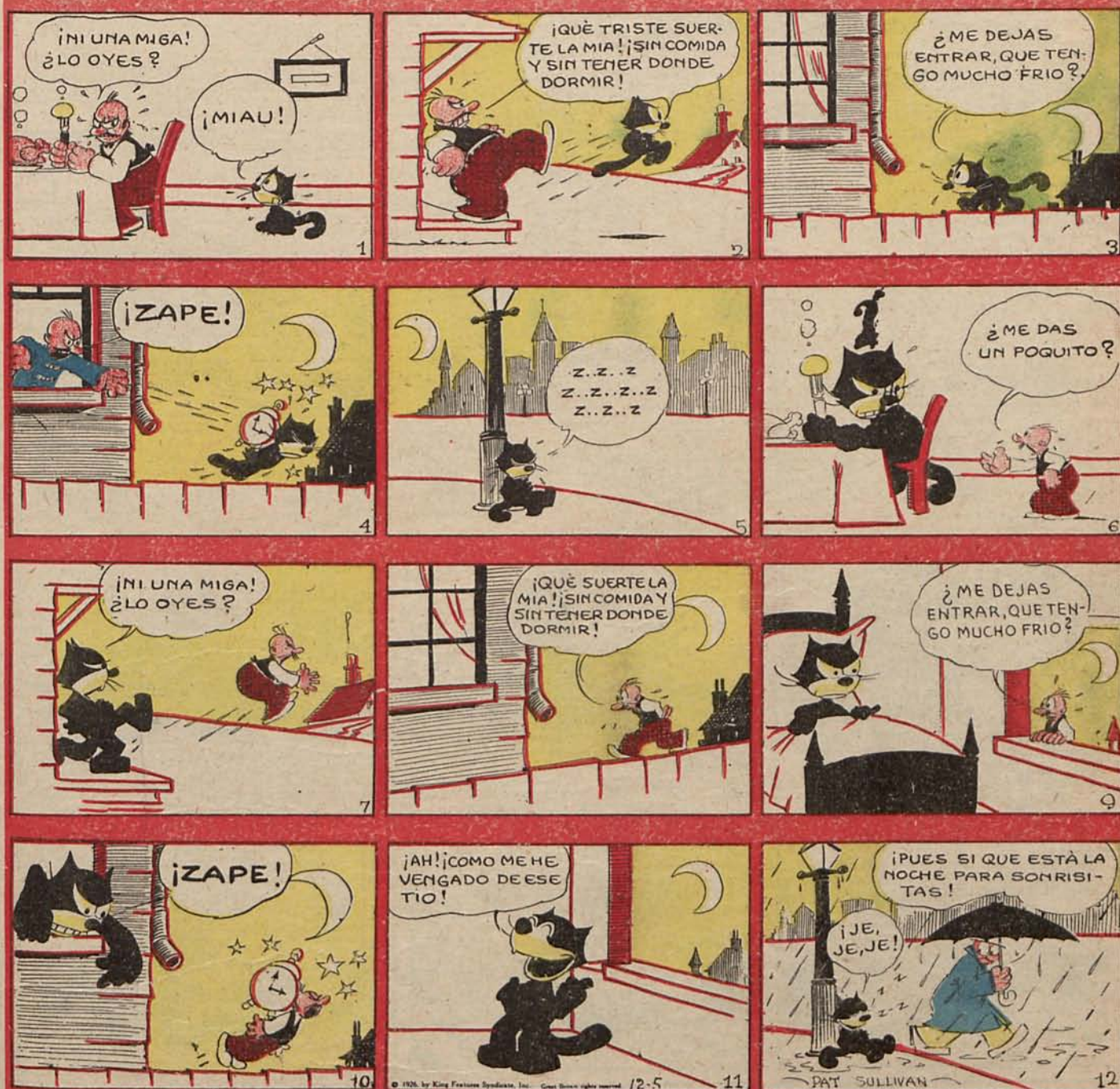


DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO





PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO.

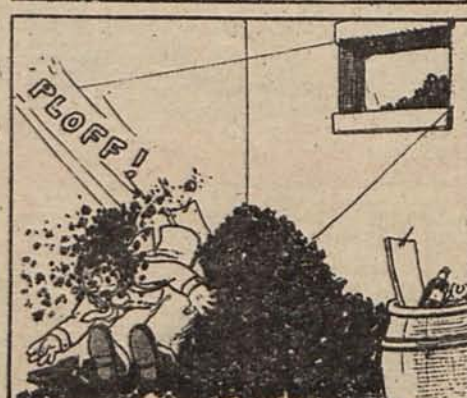
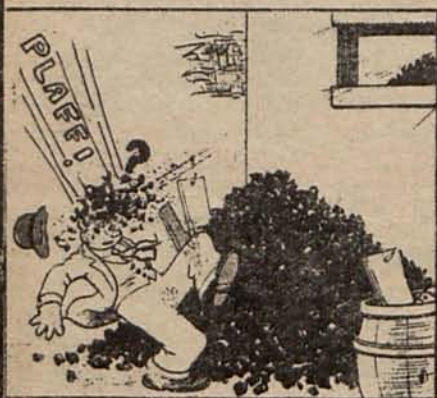


LAURA, LA COTORRA INDISCRETA





POTIPÁN Y CAÑAMÓN



UNA DE LAS TRECE FILAS DE SOLDADOS QUE COMPOEN LA MAGNÍFICA CAJA CON 268 PIEZAS QUE PINOCHO REGALA EN EL TERCER GRAN SORTEO DE REGALOS A SUS SUSCRITORES (2.º PREMIO)

COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE FEBRERO



Mi primo, dormido.
LOLITA ARENAS.



Mi barco.
CÉSAR F. LUENGO. Nueve años.



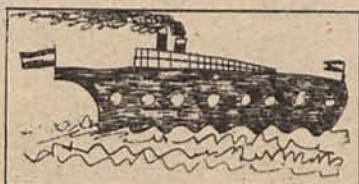
Pinocho.
BENITO NOVELLA.—Valencia.



—¿Por qué te gustan tanto los pasteles?
—Porque no tienen huesos ni espinas.
MIGUEL ALMIÑANA.



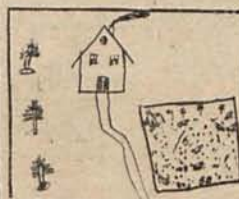
Pepito y Mariquita en el bosque.
LOLITA DE GOROSTIZA
Seis años.



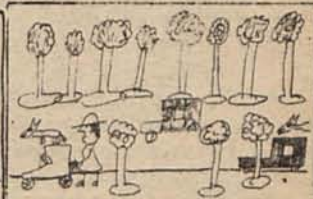
El correo de Palma de Mallorca.
AUGUSTO FERNÁNDEZ GUARDIOLA.
Seis años.



Un ogro.
N. N.



Una casa.
E. H. R.
Diez años.



El Paseo de coches del Retiro.
ISABEL FERNÁNDEZ.
Siete años.

La inteligencia de un animal.

Érase una fría noche del mes de diciembre. El viento soplaba fuertemente, haciendo crujir los árboles de un pequeño bosquecillo situado a las afueras de una hermosa ciudad.

En el reloj de la vieja catedral dieron las doce. En una casa medio destruida que daba a un estrecho callejón, dos hombres charlaban mientras tomaban varios tragos de vino viejo.

—Miguel —decía el más joven, hombre como de unos treinta y cinco años—, ya sabes en lo que quedamos: tú te vas al bosque y preparas los caballos mientras yo busco el dinero. En seguida que termine iré a reunirme contigo. Pasaremos la frontera disfrazados y nadie nos reconocerá.

—Bien, Nicasio, así lo haré —dijo el más anciano, que tendría próximamente cincuenta años—, eres un excelente compañero. Pero démonos prisa, que ya son las doce. Apaga el candil, coge las armas y la linterna y vamos.

A los pocos momentos iban uno detrás del otro, por el oscuro callejón. Una lluvia fría que les mojaba de pies a cabeza les hizo recordar que no les vendría mal un paraguas.

—Pero —pensaban— ya es demasiado tarde. No nos da tiempo para ir a buscarlo. Y siguieron caminando silenciosamente. Haría unos cinco minutos que andando iban cuando llegaron a una plazoleta muy iluminada, donde se separaron. Miguel se dirigió hacia el bosque y Nicasio hacia un lindo hotelito, en el cual había un letrero que decía: *Villa Mary*, pues Mary era como llamaban a la hija de don Roberto, dueño del hotel.

Nicasio se agarró a las verjas del jardín y de un salto se puso en pie sobre el verde y hermoso prado, donde Mary y Luisito solían jugar todos los días.

Nicasio subió por una de las columnas que sostenían la terraza, a la cual daba el cuarto de los niños; abrió la puerta, que estaba entornada, y encendió la linterna (pues la Luna, no queriendo, quizá, contemplar este suceso, se hallaba escondida tras espesos nubarrones, que anunciaban gran tormenta, reinando por todos sitios la más completa oscuridad. Nicasio, sin vacilar, atravesó el cuarto y se dispuso a bajar las escaleras que conducían al primer piso, donde estaba el dinero que buscaba. Pero no vio un vaso que la cocinera había dejado olvidado en uno de los escalones, y tropezó con él, rodando el vaso por las escaleras y haciendo ruido al romperse. Despertóse don Roberto, quien cogió su revólver y fué a ver lo que sucedía. Pero Nicasio se escondió detrás de una puerta, y cuando don Roberto pasaba por allí para registrar el piso, le salió al encuentro diciendo:

—¡Las manos al alto!

Don Roberto obedeció, y Nicasio, amenazándole con el revólver por si se movía, buscó el dinero. Se disponía a cogerlo cuando oyó ruido en la plazoleta, y en su precipitación se le cayeron varios billetes sin que se diera cuenta. Siempre amenazando a don Roberto, salió por la terraza y huyó.

En seguida don Roberto llamó a sus criados, pero éstos no encontraron a Nicasio. La policía también se puso en movimiento, y a las diez de la mañana todavía no se había averiguado nada.

Cuando los niños se levantaron, uno de ellos dijo:

—Mamá, junto a mi cama hay un pañuelo; debe ser de papá.

Pero no era, pues su papá lo tenía en el bolsillo. El pañuelo era de Nicasio, que se le había caído.

Uno de los policías trajo un hermoso perro, al que dieron a oler el pañuelo, y el cual, guiado por el olfato, los descubrió cuando se disponían a pasar la frontera. Ellos confesaron su falta y devolvieron el dinero, perdonándolos don Roberto y haciendo que saliesen de la cárcel bajo la promesa de que serían buenos y honrados, promesa que cumplieron, siendo dos honrados trabajadores.

En cuanto al perro, don Roberto lo compró, pues gracias a él y a sus hijos habían descubierto a los ladrones, queriendo tenerlo junto a ellos para la seguridad de la casa. Y Nely, como se llamaba, era querido de Mary y Luisito, que le hicieron una fiesta para conmemorar sus pesquisas.

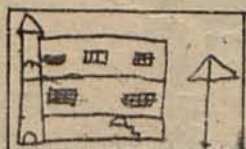
VÍCTOR FERNÁNDEZ.
Doce años. La Magdalena-Soto del Barco (Asturias).



Mi barco.
CARMEN VARELA DE LIMIA.



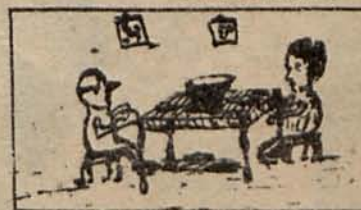
Morrongois.
JOSÉ L. BARRAQUER.
Diez años.



TERESA GARCÍA.
Ocho años.

CUPÓN DE COLABORACIÓN PINOCHISTA
CORRESPONDIENTE AL NÚM. 106
Envío del suscriptor (1) Don

(1) Sólo los suscriptores pueden colaborar en esta sección.



Pinocho y Restituto, comiendo.
ELENA MAYORAL.



Mis hermanitos disfrazados.
CARMEN UERUTIA.—Diez años.

La manzana encantada.

Maria e Irene eran unas niñas muy amiguitas. Un día, Maria, que era muy traviesa, dijo a Irene:

—¿Quieres venir conmigo al bosque a coger fresas?
—Bueno —dijo la niña—. Y se fueron.
Cogieron muchas fresas y se las comieron todas. Maria cogió una indigestión y estuvo muy enferma. El médico dijo que sólo se curaría la niña comiendo una manzana, que era lo que siempre pedía. Pero su mamá decía: ¿Cómo va a comer manzana, si estamos en verano? Y lloraba mucho Inés; estaba muy triste, pues quería mucho a su amigueta. Una noche soñó que se le aparecía un ángel y le decía:

—Ve al bosque y busca, y en el árbol copudo encontrarás una manzana muy hermosa.

Ella, en cuanto se levantó, corrió al bosque, y cuando llegó debajo del árbol copudo, dijo:

—Copudo, copudito,
dame la manzanita
que ha de curar a mi amigueta.

Y al momento vio a sus pies una manzana muy hermosa. Dió gracias a Dios, y fué hasta la casa de su amigueta y le dió la manzana, que ésta comió en un instante, curándose al momento.

Y... vivieron felices, comieron perdices y a mí no me dieron porque no quisieron.
CARMEN FERNÁNDEZ CASTILLO.
Once años. Porto.

Las niñas traviesas.

En un pueblo muy lejano vivía un matrimonio que tenía tres hijas. Un día que el padre se fué a trabajar y la madre a las compras, ésta les dijo a las niñas que no se marcharan de casa, y luego se fué.

Entonces la hermana mayor le dijo a las otras que si querían ir a bañarse, ya que no estaba allí su madre. Dijeron que sí, y se marcharon.

Cuando estaban en el agua le dijo la hermana mayor a la más pequeña:

—¿Te has quitado los pendientes?

Esta contestó que no, y cuando los fué a poner encima de una peña pasó un hombre con un saco y le dijo:

—Guárdalos aquí, que no se te perderán.
Cuando los fué a meter, la empujó y la encerró en el saco. Las hermanas se dieron cuenta, y echando a correr fueron a contárselo todo a su madre. Esta les dijo:

—Poneos en el balcón, y cuando lo veáis venir, os bajáis a la calle: una va a buscar un guardia y otra le entretiene.

Cuando llegó el hombre le dijo a la niña:

—¡Purrón, purrón, canta; si no, te meto la lanza!

Y entonces la niña cantaba:

—Por los arcillitos magos
que en la peña los dejé,
por los arcillitos magos,
que por ellos moriré.

Y antes de terminar de cantar la niña llegó la hermana con el guardia y le preguntaron al hombre que qué tenía dentro del saco, el cual dijo que no tenía nada.

La niña salió del saco con los pendientes.

Y fueron todos muy felices,
y comieron perdices,
y a mí no me dieron
porque no quisieron.

MARIITA RODRÍGUEZ.
Nueve años. Madrid.

SECCIÓN PIRULA



CHARLAS DE PIRULA

El muérdago de la dicha. — El día treinta y uno del pasado mes de diciembre, Finita re-

galó a su mamá un ramo de muérdago que colgado de la lámpara del saloncito, con una cinta de raso blanco, habrá de traer la suerte a la casa para todo el año. (Seguramente no ignorais que el muérdago es una planta que crece en los troncos de ciertos árboles y cuyo fruto son unas bolitas blancas que parecen perlas transparentes.)

Pero ¡ay! han transcurrido más de tres meses; el ramo ya no parece el mismo; las hojas están secas y quebradizas y las lindas bolitas blancas se han tornado arrugadas y amarillentas. El pobre muérdago de la dicha, presenta hoy un aspecto francamente desagradable.

Y mamá ha dado orden de que se retire; mamá es demasiado inteligente para ser supersticiosa; opina con razón que el ramo que ha de traerle la felicidad empieza por quitarle a su saloncito el aspecto de lozanía y de pulcritud sin el cual ella no sabría vivir.

Ahora que, eso sí, mamá ha prometido a Finita apartar la cinta de raso blanco para anudar con ella el ramo del año que viene; además, conservará preciosamente algunas de las bolitas blancas en la caja de sus tesoros maternos, junto con la primera plana de palotes de Rafa, el sonajero que sirvió sucesivamente a todos sus hijos, un mechón de pelo de Pepote de cuando al cumplir el año le cortaron sus bucles de oro y la primera labor de la propia Finita, consistente en un trozo de cartulina agujereada, con una greca bordada en seda verde.

No obstante, Fina está desconsolada; y si fuese verdad que el muérdago trae la felicidad con tal de conservarlo intacto de enero a enero? Mamá entonces le ha explicado que la felicidad no pueden darla los llamados fetiches, sino que consiste un poco en la suerte y un mucho en nosotros mismos; y que para ser felices, mejor que elevar cualquier objeto que sea a la categoría de «porte bonheur», lo que es eficaz es ser bueno y creer que se es feliz.

Fina se ha dejado convencer siempre por las excelentes razones de su mamá. Sin embargo, se acuerda con pena del ramo de muérdago tan bonito, tan graciosamente decorativo.

Y en eso sí tiene razón Finita; el muérdago es una de las más lindas plantas que existen y hoy mismo lo he tomado de modelo para un motivo de bordado que podéis reproducir acertadamente sobre una mantelería o en sobres para el camisón o la servilleta o en una almohada, un delantal o un vestido.

Según los casos, este motivo puede bordarse con algodón, haciendo las hojas y la cinta a punto de «Richelieu», y al «plumetis» o a la inglesa las bolitas.

También puede, en un vestidito, reproducirse a realce, bordando con hilo de plata las hojas, y con seda la cinta y las bolas.

Estor de cinta. — ¿Verdad que parece que nuestro cuarto está así com un poco «desnudo»? Pues vamos a «vestirlo»; nada más sencillo; bastará con añadir a la ventana un estor a través del cual aparecerán los visillos, estos lindos y originales visillos cuyas franjas bordásteis a punto de cruz, reproduciendo un dibujo de esta Sección.

Haremos nuestro estor con cintas, formando unos cuadros según veis en el grabado; las cintas, para que duren y no se las coma el sol (ya sabemos que el señor sol es un tragón de primera que se engulle infinidad de colores amen de bastantes tejidos de seda, como, por ejemplo, el tafetán), serán de «gros grain»; pueden ser todas del mismo color, o pueden formar un delicadísimo efecto matizándolas, de la manera siguiente: la primera vertical, de izquierda a derecha, y la primera horizontal, de arriba a abajo, son en tono pálido, lila, rosa o celeste; la segunda en un tono un poco más fuerte y se sigue así hasta llegar, con la última vertical, a la derecha y la última vertical, abajo, a un color fuerte oscuro, violeta sombrío, azul marino, naranja...

Si deseais que el estor, de paso que «viste» la habitación, le dé mayor intimidad y tamice la luz, os aconsejo que lo pegueis sobre un visó de vuela o de tul blanco, o, mejor aun, ligeramente ocre.

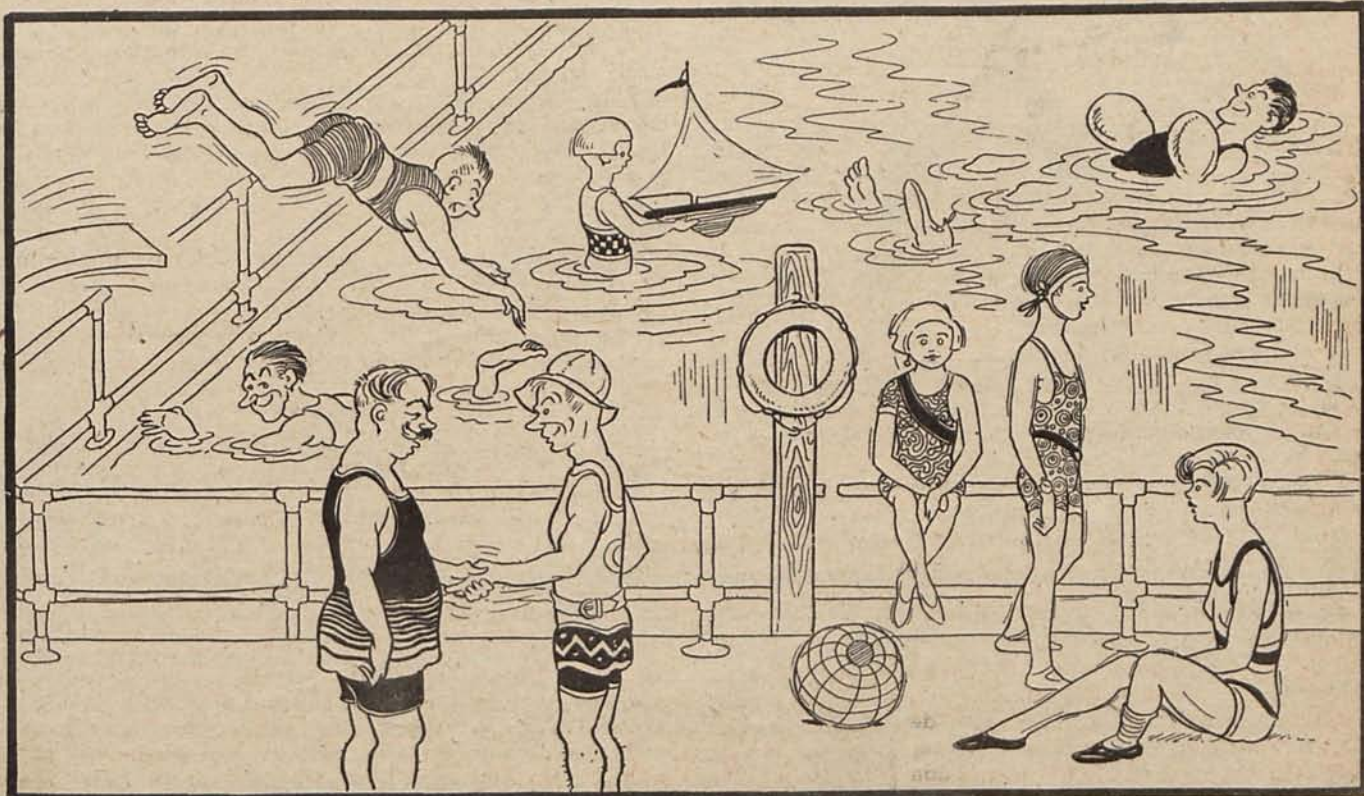


CONCURSO DE PASATIEMPOS

DEL MES DE FEBRERO DE 1927

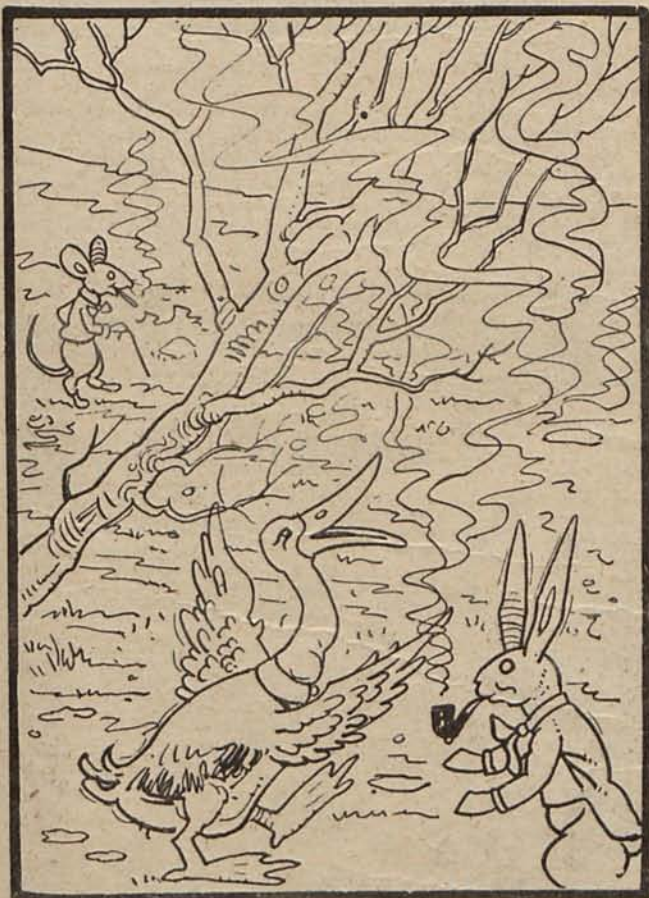
(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos nuestros suscritores. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los suscritores que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

¿CUÁLES SON LOS ERRORES QUE HAY EN ESTE DIBUJO?



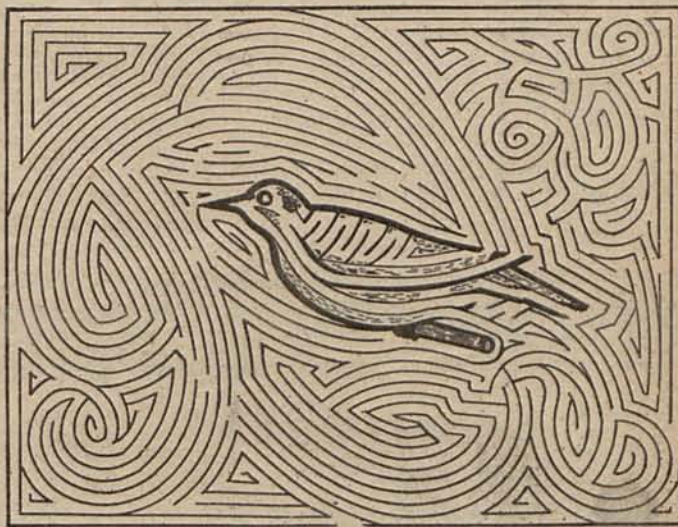
Los errores que hay en este dibujo pronto los hallaréis, pues son de mucho bulto. Este dibujante está medio loco... ¡Pues no se le ha ocurrido pintar en este dibujo a una señorita bañista con un calcetín en una pierna! ¡Si siquiera le hubiera puesto otro en la otra pierna, nos podría parecer que era moda! Pero no, no debe de ser moda. Es una tontería del dibujante. Os he señalado este error para que os sirva de ejemplo, pues los otros once errores que tenéis que descubrir son por el estilo. ¿Cuáles son?

¿DÓNDE ESTÁ LA TORTUGA?



Esto es lo que habéis de encontrar, una tortuga. Una tortuga con concha y todo que ha salido de paseo y al ver que todos los animales llevaban alguna prenda, el pato un cuello, el conejo frac y fumando en pipa y el ratón americana, le ha dado tal vergüenza, que se ha escondido porque ella no llevaba nada más que su concha. Ya veis qué tonta, ¡como si su concha no fuera más bonita que todos los vestidos juntos! ¡Habrá presumida!

LABERINTO



Un pájaro ha entrado en el laberinto. Y no es lo peor que haya entrado, sino que ya no sale. Ahora nosotros debemos entrar por la única puerta que hay y llegar exactamente hasta el ojo del pájaro. ¿Por qué calle?

CUPÓN	DE SOLUCIONES	106
	DEL MES DE ENERO	
Envío del suscriptor (1) D.		
.....		
.....		
(1) Sólo los suscritores pueden tomar parte en el Concurso de Pasatiempos.		



Caperucita salió aquel día muy tempranito a hacer las compras porque su abuelita estaba enferma en cama. Pensaba regresar en seguida a su casa y por eso caminaba muy de prisa, muy de prisa, tanto, que para adelantar camino se atrevió a cruzar el bosque. Caperucita no era cobarde, una prueba la tenéis en que se mete en el bosque ella solita sin temer al lobo que solía rondar por aquellos parajes. Y he aquí que el lobo se presenta y la dice: —¡Hola, Caperucital, ¿qué tal estás? —Bien, ¿y tú, querido lobo? —Yo muy bien. ¿No tienes miedo a que te coma? —No; no tengo miedo. Y si intentas hacerme daño, pediré auxilio y vendrán los leñadores y te matarán. Esto me lo contaron a mí y así os lo cuento. El lobo quiso morder a Caperucita y ésta gritó como había dicho, y vinieron dos leñadores que estaban escondidos y mataron al lobo. ¿Dónde estaban los leñadores?

Si eres buen amigo de Pinocho, envíale hoy este BOLETÍN DE SUSCRICIÓN



D., que vive en (Población.)
 se suscribe desde el pró-
 (Calle.) (Provincia o Estado.)
 ximo número a PINOCHO por (1) { UN AÑO } cuyo importe de { 20 pts.
 { UN SEMESTRE } { 10 pts.
 { UN TRIMESTRE } { 5 pts.
 remite a la Administración de PINOCHO en (2).
 (C. de Valencia, 28. Madrid.)
 En a de 192....
 (Población.)

FIRMA:

(1) Bórrase lo que no convenga.
 (2) En lo que sea. Puede ser Giro postal, valores declarados, cheque, sellos (en tiras, no sueltos), etc. Muchas repúblicas americanas tienen establecido el Giro postal con España.



Vale por una rebaja
 del 25 por ciento a
 favor de mi amigo y
 suscriptor Don.....

..... (1)

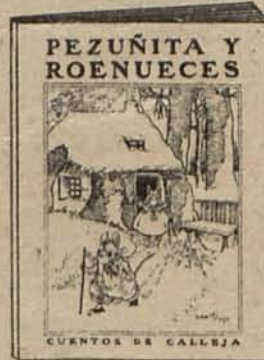
Pinocho

Todo suscriptor a PINOCHO que compre libros en la Editorial «Saturnino Calleja», S. A., obtendrá, presentando este vale, una rebaja del 25 por 100, o sea la cuarta parte del precio, o sea una peseta de cada cuatro que importe su pedido.

(1) Escribase aquí el nombre del suscriptor. No siendo suscriptor, no se puede usar este vale.

PINOCHO
ENVIA GRATIS
LA LISTA DE
REGALOS
QUE CONCEDE
A SUS
SUSCRITORES

DE LA COLECCIÓN
CUENTOS DE CALLEJA EN COLORES
 SEGUNDA SERIE



Precio 2 pesetas.

La EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., calle de Valencia, 28, Apartado 447, Madrid, remite a toda España y América, sin aumento de precio, ésta y todas sus publicaciones a quien las pida, enviando su importe.



¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, curioso Chonón ¿qué quieres saber hoy?

—Hoy quiero saber, querido buho, qué cosa es una semilla.

—¿Pero es que no sabes lo que es una semilla?

—¡Buho! Las semillas las conozco perfectamente. Yo sé, por ejemplo, que el trigo, el maíz y los garbanzos son semillas. Yo mismo he sembrado en una maceta un garbanzo y he visto que a los pocos días empezaba a salir un tallo, luego unas hojas, más tarde unas flores y por último, vi lleno de asombro, que dentro de cada flor se encerraba un nuevo garbanzo. Ya ves que sé lo que es una semilla y en lo que se convierte si se la siembra en tierra a propósito, pero lo que yo quiero que me expliques es por qué se efectúa este misterio de salir una planta de una semilla.

—La contestación que tu curiosidad me pide es superior a todos mis conocimientos, querido Chonón, y no hallarás ningún buho, por sabio que sea, que pueda contestarte.

—No pretendo buscar ningún otro buho, porque lo que tu no puedas contestarme no me lo contestará nadie.

—Ese misterio es uno de los muchos secretos que se mantienen cerrados a toda curiosidad y a toda sabiduría. Es lo mismo que si me preguntaras dónde termina el espacio o donde termina el infinito. Todo es un misterio, Chonón.

—¿Entonces no puedes decirme nada de las semillas? Yo he oído decir que hay semillas vivas y semillas muertas ¿Es esto verdad?

—Desde luego. Las semillas son como los hijos de las plantas. La vida de los padres se prolonga en la de los hijos y la de estos en los nietos y así sucesivamente se va transmitiendo la vida a través de los siglos. En las semillas ocurre el caso curiosísimo de que aunque la semilla se seque, se mantiene en ella la vida a través de muchos años. Un grano de maíz que tenga cientos de años conserva dentro de él la vida de la planta de donde nació. Si este grano, que aparentemente está muerto, lo sumerges en agua, verás que revive y si lo siembras en tierra conveniente, nacerá una nueva y pujante planta.

—¿Entonces las semillas no mueren nunca?

—En cuanto tu quieras puedes matar la vida de una semilla. Con solo echarla en agua hirviendo lo habrás conseguido. Una semilla hervida no puede ya vivir y aunque la siembres no producirá nada. Está muerta.

—¿Y como puedo yo saber si una semilla está viva o muerta?

—Al sumergirla en el agua lo sabes en seguida. Las que conservan vida aumentan de tamaño se ablandan y hasta el color varía en ellas. En cambio, la semilla muerta no sufre alteración ninguna; es como si echaras una piedra en el agua. La piedra no tiene vida y se queda tal como está. Por esto el agua sirve para revelar la existencia de vida en las semillas y la tierra hace que esta vida salga de la semilla y se convierta en una nueva planta.

—¿Todas las tierras son buenas para que brote una semilla?

—Todas, no; tu mismo has dicho antes que ha de ser en tierras a propósito. Para que una semilla germine hace falta que se efectúe una mezcla de sustancias químicas y por lo tanto es preciso que en la tierra existan estas sustancias porque si no la semilla no fructifica.

—Entonces serán esas tierras que se llaman tierras abonadas,

—No es preciso abonar la tierra cuando reúne por sí sola condiciones adecuadas para la siembra.

—¿Entonces por qué echan abono a la tierra?

—Por varias razones, curioso Chonón. Puede ocurrir que la tierra esté muy gastada a fuerza de dar frutos y entonces hay que alimentarla con abonos, o puede ocurrir también que se quieran obtener frutos muy desarrollados y en este caso es conveniente ayudar a la tierra con buenos abonos.

—Entonces el abono es el alimento de las plantas.

—Justamente; y así podrás comprender que cuanto más abonada esté la tierra más desarrolladas crecerán las plantas. Ocurre lo mismo que con los animales. Por ejemplo un perro, o un gato, necesitan poco para solamente vivir, pero si quieres que se te crien gordos y robustos habrás de darle mucho y buen alimento ¿no te parece?

—Comprendo. Y dime ahora ¿dura mucho tiempo la vida de las semillas? Te lo he preguntado antes y no me has dado una contestación categórica.

—Ni puedo dártela. Hay quien asegura que en Egipto al desenterrar algunas momias de personajes que vivieron hace varios miles de años aparecieron, entre otra porción de cosas, granos de trigo y de maíz y que estos granos revivieron en cuanto se les sumergió en agua.

—¿Pero es posible?

—Dicen otros que no puede ser, y que estos granos debieron sin duda colocarse en las tumbas mucho después que los cuerpos de las momias.

—¿Y tú que crees?

—Yo me inclino a creer que son muchos miles de años para que la vida de las semillas exista todavía. El tiempo es un gran destructor, querido Chonón, y por eso todo el mundo tiene un límite y no debe suponerse que dure tanto la conservación de una semilla.

—También a mí se me figura que eso debe de ser una leyenda.

—No sería extraño, porque en todas las cosas de la antigüedad, y sobre todo en esta de las tumbas egipcias, se rinde gran culto a la leyenda.

—Pues a mí me gustaría mucho saber lo que puede vivir una semilla.

—A mí también pero no veo la forma de saberlo.

—Yo sí.

—¡Ja, ja!

—No te rías, porque tengo la gran idea.

—Vamos a verla.

—Si me prometes guardar el secreto te la diré.

—Prometido.

—Pues mira. Meteremos en una cajita un puñado de trigo y pondremos una etiqueta que diga: «Trigo del año 1927» y cuando pasen tres mil años, que abran la cajita, pongan las semillas en agua y vean si están vivas o muertas.

—Y así lo sabremos ¿verdad?

—¡Naturalmente!

—Pero tendrás que dejar tus señas para que sepan donde tienen que avisarte dentro de tres mil años.

—Tienes, razón. No había yo caído en que para entonces ¿dónde estaré yo?

—Si este procedimiento que se te ha ocurrido lo hubieran puesto en práctica aquellos personajes egipcios podías tu ahora satisfacer tu curiosidad.

—Con lo poco que les hubiera costado encerrar un puñado de trigo en una arqueta y haber puesto estas señas: «Para Chonón. —Gran amigo de Pinocho. —Madrid.»

—Hoy estás fatal; Chonocito. ¿Cómo iban a saber los egipcios que ibas a vivir tú, que te ibas a llamar Chonón, y que ibas a ser amigo de Pinocho? Estás soñando.

—Puede que tengas razón, por que tengo un sueño que no veo

—Anda, pues, a dormir y hasta otro día.

—Adiós, buho.



CORRESPONDENCIA



Vicente S. de Heros.—Recibidos tus dos magníficos cuentos, que se publicarán en su turno. Los dibujos que me envías vienen sin cupón, pero, además, están hechos a lápiz, y ambas cosas son obstáculos para poder publicarlos. Y conste que son estupendos. Colorín y Morronguis te devuelven, cariñosos, los abrazos que les envías.

María Plaza Salgado.—En el número 74 de mi Revista, publicó Pirula ese trabajo que interesas. La labor que tú le envías es lindísima y seguramente la aprovechará Pirula para algún adorno, tal como tú lo deseas. Pirula te felicita por el primer de tus manos. Abrazos cariñosos.

Ernestina del Río.—Muy bonito, muy bonito el verso. Ya lo verás en mi Revista tan pronto te toque el turno. Sin duda has equivocado el sitio al meter la tijera en el periódico, porque en vez del cupón de Colaboración, me has enviado el de Pasatiempos. ¿Cómo está esa cabecita tan inteligente! Yo comprendo la equivocación, y espero que seguramente cuando envíes las soluciones de los Pasatiempos, vendrán con el cupón de Colaboración, ¿verdad, simpática Ernestina? Muchos abrazos de Pirula y Anita, tus grandes amigas.

Carlos Ruiz Estellés.—Tu historietita es algo extraordinario, pero de unas dimensiones tan extraordinarias también, que no veo forma de dárla a la publicación; porque, una de dos: o la reducimos a un tamaño que resulte invisible, lo cual no te agradaría, ni a mí tampoco, o necesitamos toda la plana de Colaboración Infantil, lo que sería injusto para los demás pinochistas que esperan con la natural impaciencia ver publicados sus trabajos. Yo creo que la solución mejor es que replistas la historietita, quitándole muchos cuadros, y como tu ingenio y tu talento son grandes, no encontrarás dificultad para desarrollar en ocho o diez cuadros el mismo gracioso asunto. Yo lo siento mucho, querido Carlitos, pero ya comprenderás que no está en mi mano remediarlo de otro modo. Te abrazo.

Manuel Raventos.—Muy bien, muy bien todos tus dibujos. El de Colorín, sobre todo, es formidable. Dedicaré el interesado una reproducción a cada miembro de su pandilla. Esto te demostrará la impresión que ha causado a Colorín el soberbio retrato que le has hecho. Enhorabuena y a esperar que les llegue el turno a tus trabajos. Tuvo.

Ramón Crespo.—Como eres suscriptor tienes derecho a utilizar el cupón para colaborar en mi Revista; claro que cada trabajo debe venir con su cupón correspondiente. E- pero ya con impaciencia tus dibujos que, a juzgar por el lindo muñequito que has pintado como membrete en tu carta, van a ser admirables. De las dimensiones no tienes que preocuparte para nada. Tú los di-

bujas al tamaño que te resulte más cómodo, que luego ya le darán en los talleres de mi Revista la proporción conveniente. Pueden servirte de norma todos los dibujos publicados hasta ahora por los demás amigos pinochistas. Muchos y apretados abrazos de Paco Morronguis, Currinche, don Turulato, Cafamón, etc., etc.

Felipe M. Alemay.—Han entrado en turno tus dos preciosos dibujitos. Están hechos con mucha pulcritud y con mucho acierto. Recibe con mi felicitación un apretado abrazo.

Josefina Seoanes.—No puedo, queridísimo pinochista, determinarte con exactitud el número de mi Revista en que aparecerá el soberbio retrato de Pirula que me envías. Para ti, que recibes todas las semanas en tu casa el periódico, no significa nada pasar la vista por la Colaboración Infantil. Ello te deleitará mucho y podrás apreciar qué listos, qué ingeniosos y qué artistas son todos los pinochistas. Ten la seguridad de que tu lindo trabajo saldrá cuando le llegue el turno y causará asimismo la admiración de los demás. Pirula agradece tus recuerdos y te abraza con mucha efusión.

Pedrito Losada, Luis Irigaray, Fernando Irigaray y Juanito P. de Anillaga.—Todos habéis enviado vuestros dibujos hechos a lápiz y a todos he de repetir lo que tantas veces ya he dicho. Que para reproducir los dibujos es condición indispensable que se hagan con tinta. Tenedlo en cuenta para lo sucesivo y no dejéis de dibujar, porque lo hacéis formidablemente bien, ¡pero con tinta! Muchos abrazos para todos.

Benito Mallén.—¿No comprendes, queridísimo Benito, que si publico tu precioso cuento no se van a enterar de lo que dice más que los que sepan valenciano? Yo, que conozco todos los idiomas y dialectos, lo he entendido perfectamente y me he reído mucho con él, porque es graciosísimo. Pero no es justo privar del placer que proporciona la lectura de tu cuento a una gran mayoría de pinochistas que no saben valenciano. Enciúbilo en castellano y aparecerá en mi Revista para regocijo de todos. Muchos abrazos.

Pinocho

VIDA PINOCHISTA

Publicamos en esta Sección retratos, noticias y, en general, asuntos personalmente relacionados con los Pinochistas. Por medio de ella los amigos de PINOCHO pueden entablar comunicación entre sí, sea en demanda de alguna cosa determinada o simplemente para ofrecer correspondencia, de la que puede surgir una distracción honesta, un ejercicio útil y acaso el tesoro sin precio de una buena amistad.

Insertamos a continuación algunos ejemplos de las comunicaciones que pueden enviarnos los Pinochistas para que las publiquemos en esta Sección:

Luisa M. Calle de Coruña, desea cambiar con otros Pinochistas fotografías de su país por fotografías de otras regiones de España y de América para hacer un álbum que contenga reproducciones de todos los lugares donde se habla español.

Alvaro R. Domingo J. y Antonio L. desean formar un *once* de fútbol con Pinochistas de Madrid. Diríjanse las abhensiones a

Pedro R. Calle de Sevilla, tiene interés en saber cómo se llama un cuento en el que una Princesa se convierte en estrella,

y luego en lluvia, y luego en flor. ¿Habrá algún Pinochista que se acuerde y se lo diga?

Ramón A. Calle. Buenos Aires, busca un Pinochista de su edad (15 años) que le escriba cartas, una vez al mes, contándole cosas de su vida y de su país. Al cual le contestará puntualmente con relatos de la suya y de Argentina.

Mari Blanca H. Calle de Toledo, desea escribirse con una Pinochista colombiana, salvadoreña o costarricense.

PINOCHISTAS PREMIADOS EN VARIOS SORTEOS Y CONCURSOS



Ana María Mendoza.
Segundo gran sorteo de regalos a los suscritores.
Un lote de libros.



Jose María Aguirre.
Segundo premio del concurso de Chistes ilustrados del mes de julio.
Un lote de libros.



José Serrano Cubillo.
Mención honorífica en el concurso de Historietas del mes de junio.
Diploma de honor.



Matías Jiménez.
Segundo gran sorteo de regalos a los suscritores.
Un lote de libros.



Ana María Gargallo.
Tercer premio del sorteo mensual, para los suscritores, correspondiente al mes de diciembre.
Un lote de libros.



Álvaro García de Pruneda.
Segundo gran sorteo de regalos para los suscritores.
Un lote de libros.



Federico García de Pruneda.
Segundo gran sorteo de regalos para los suscritores.
Un lote de libros.



Matilde Santisteban.
Segundo gran sorteo de regalos para los suscritores.
Un lote de libros.

A todos los Pinochistas

NINGUNA niña, ningún muchacho, lee una vez PINOCHO sin hacerse amigo nuestro. Aumentar el número de los Pinochistas no es sólo hacer un gran favor a Pinocho y sus regocijantes camaradas: es favorecer vuestro propio interés, ¡y es darle un disgusto a Chapete!

TODOS LOS PINOCHISTAS que quieran ofrecer a amigos o conocidos suyos la posibilidad de admirar los encantos de este semanario inmortal, colosal y sin igual, pueden enviarnos en una simple hoja de papel los nombres y direcciones correspondientes acompañadas de este cupón.

CUPÓN

A PINOCHO Apartado 447 MADRID

Querido amigo: Te envío adjunta una lista de varios nombres y direcciones para que a cada uno de ellos envíes —gratis y sin compromiso alguno para mí ni para los interesados— un número de muestra de tu semanario inmortal, colosal y sin igual.

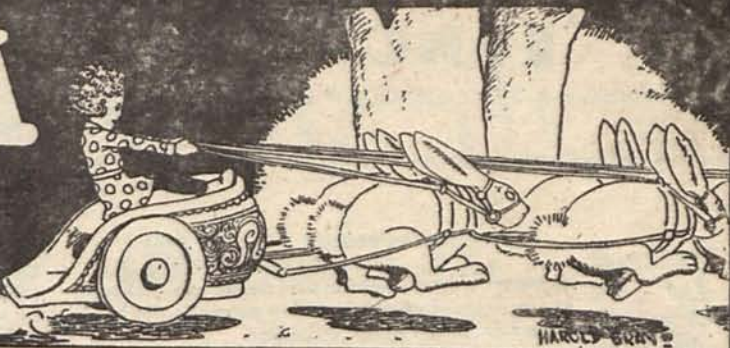
Te abraza tu amigo

(Firma.)

MI DIRECCIÓN ES:

ANITA

BUEN-CORAZON



HAROLD GUNN



ASÍ EMPIEZA "PINOCHO BATE A CHAPETE"

(De la estupendísima SERIE PINOCHO CONTRA CHAPETE que ha hecho universalmente famosos al incomparable muñeco de madera y a su astuto rival de trapo).

LOS PIRATAS NEGROS



Os meses habían transcurrido desde que Chapete, con audacia sin igual, se había escapado del bazar acompañado del perro Voltereta.

Durante este tiempo no se había vuelto a saber nada del terrible aventurero.

¿Era que el globo que utilizó para su fantástica evasión le había conducido a algún planeta lejano?

¿Era que, a causa de alguna avería, su cuerpo yacía destrozado en el fondo de una sima o entre las aguas del mar?

No. La Humanidad no había tenido esa suerte; Chapete logró llevar a cabo su arriesgada fuga con toda felicidad.

Y si el mundo no oía hablar de él era porque Chapete no tenía más que un pensamiento, su reto sensacional: ¡Ahora, señor Pinocho, nos veremos las caras!

Su sangre de serrín le ardía de impaciencia. Luchar contra Pinocho, vencerle, humillarle, arrebatarse su campeonato de muñeco audaz, aventurero y famoso: ese era el ideal de Chapete, su obsesión, su pesadilla.

¡Pero Pinocho no parecía por ninguna parte! ¿Dónde se había metido el incomparable héroe de madera? ¿Se habría enterado de la fuga de Chapete y de su reto y estaría escondido, temeroso de su rival de trapo?

Semejante idea sólo podía salir de la cabeza pepinesca de Chapete.

¡Pinocho temeroso! ¡Pinocho acobardado! Ya veo que os reis de semejante disparate. Y el mismo Chapete lo reconoció en seguida. No. Pinocho no podía haberse enterado del reto de Chapete. De otro modo, hubiera dado al punto señales de vida.

¿Dónde estaría Pinocho? ¡Vaya usted a saber! —pensaba Chapete—. ¡A un muñeco que tan pronto está en la Luna, como en el fondo del mar, como en una isla desierta, no se le echa la vista encima así como así!

Chapete, al fin, tuvo una idea luminosa. ¡Se haría pirata! ¡Pirata! ¿Qué mejor medio para encontrar a un aventurero como Pinocho que la vida de pirata, toda llena de aventuras y de peligros? Sí, se haría pirata. Además, esa idea le entusiasmaba. ¡Recorrer los mares en un buque cargado de tesoros y beber ron a todo pasto! ¡Con lo que le gustaba a Chapete el ron!

Ya se veía con un gran sable, dos pistolas y un hacha de abordaje al cinto.

—¡Qué arrogante voy a estar así! se decía relamiéndose de gusto. Seré el capitán de una partida de valientes, y nuestro barco será el terror de los mares. Y, ya decidido, reunió una docena de perdularios como él y fundó la banda de «Los Piratas Negros», que más tarde habían de ser conocidos por «Los Chapetones», y a cuyo nombre habían de temblar todos los continentes e islas del Globo.

Entre los piratas había dos que pronto se destacaron de entre los demás, llegando a ser uña y carne de Chapete. Llamábanse éstos Tintinelo y Patapón.

Patapón era casi un gigante, y su fuerza era tan enorme, que cuando jugaba a la pelota agujereaba la pared. Tintinelo, en cambio, era chiquitín, casi un enanillo, ¡pero más malo!... Además de su escasa estatura era cojo, manco y tuerto; pero, a pesar de estos pequeños defectos, reunía la agilidad del tigre, la astucia de la zorra y la ferocidad del león. ¡Menudo tío estaba hecho el tal Tintinelo! Después de formada la banda, adquirieron un bergantín, al que pusieron por nombre *El Chacal*. Y una noche de tormenta, el capitán Chapete, con todos sus piratas y con su perro Voltereta, se lanzó al mar a bordo de *El Chacal*, dispuesto a empezar su carrera de aventuras y fechorías, y sobre todo dispuesto a encontrar a Pinocho, aunque fuese debajo de la tierra.

Y era de ver el imponente aspecto de Chapete sobre cubierta, con su gran sable, sus pistolones, su hacha de abordaje y las negras plumas de su gorra ondeando al viento, mientras sus marineros, allá en el fondo del bergantín, cantaban con voz enronquecida por el ron:

Aquí están los terribles Piratas Negros,
Más feroces que tigres del Archipiélago;
Aquí están los terribles Piratas Negros,
Que tienen a Chapete por capitán.
¡Ohé! ¡Ohé!

Los Piratas Negros fueron muy pronto el terror de los mares, y las bodegas de *El Chacal* no tardaron en llenarse de ricas mercancías, arrebatadas a los barcos apresados por el terrible corsario Chapete y su banda de forajidos.

Pero Chapete estaba triste. Ni los ricos tapices, ni las toneladas de canela y azafrán, ni las especias de Oriente, ni las joyas, ni el oro que llenaba su lujoso camarote le satisfacían por completo. A veces hasta despreciaba el ron, caso único en la historia de los piratas. Todo lo olvidaba ante su constante pensamiento:

—¡Pinocho! ¿Dónde encontrar a Pinocho?

Navegaba un día *El Chacal* por las proximidades del Golfo de Bengala, cuando el cielo tomó un tinte amenazador para el ojo experto de un viejo lobo de mar. Densos nubarrones avanzaron rápidamente desde el horizonte, y en pocos minutos se desencadenó un vendaval espantoso.

Chapete repartió ron a sus hombres, que no tardaron en entonar su canción:

Aquí están los terribles Piratas Negros;
Más feroces que tigres del Archipiélago;
Aquí están los terribles Piratas Negros,
que tienen a Chapete por capitán.
¡Ohé! ¡Ohé!

La tormenta arreciaba. El viento rugía feroz y ronco, ahogando los roncros y feroces ¡ohé! ¡ohé! de los Piratas Negros. Una ola gigantesca barrió la cubierta.

—¡A las jarcias! —aulló el capitán Chapete.

La maniobra se hacía penosamente. De pronto se vio palidecer al timonel, un viejo atleta con cara de lobo de mar y sotabarba y nariz de impenitente bebedor de ron.

—¡Estamos sin gobierno, capitán!

¡Maldición!

Las olas zarandeaban furiosamente al bravo bergantín.

Chapete, cruzado de brazos, daba grandes chupadas a su pipa y pedía ron sin descanso.

Así pasó toda la noche. Amanecía cuando el temporal amainó.

—¡Tierra! —gritó el vigía.

Chapete, seguido por Tintinelo y Patapón, se encaramó en lo alto del palo de mesana para mejor contemplar aquella tierra providencial que el vigía anunciaba.

El temporal había llevado a los piratas a un país desconocido.

Chapete ordenó a Tintinelo que fuese en un bote con seis marineros a averiguar frente a qué país se hallaban, y de paso a comprar ron, que estaba dando las boqueadas por el terrible consumo de la noche.

Luego se tendió sobre cubierta en su hamaca y se puso a tramar sus planes tenebrosos mientras daba grandes chupadas a su pipa y grandes tragos a su botella de ron.

Así llevaba grande rato cuando un paso cauteloso y rápido vino a interrumpirle.

Era Tintinelo.

—¡Capitán! —dijo en voz baja y silbante con acento de triunfo—. ¡Ya le tenemos!

Chapete, de un brinco rápido, saltó al suelo.

—¡Qué dices! ¿El?

—¡El!

—¿Pinocho?

—¡Pinocho!

—¡Tintinelo! Si es cierto lo que dices, esta

noche tendrás en tu poder una bolsa llena de esmeraldas y brillantes como huevos de paloma.

El ojo único de Tintinelo brilló de codicia como un carbunco.

—¡Pues ya es mía! —continuó—. Pinocho está ahí (y señaló el territorio del Reino Florido).

Allí estaba, en efecto, el incomparable héroe de madera.

Desde los memorables servicios que les prestó librándoles del terrible tirano de las Islas Verdes, el rey Florián y la princesita Rosa Luz eran los mejores amigos de Pinocho.

El Reino Florido, además de ser un país encantador, estaba muy escondido y apartado, y allí solía Pinocho pasar algunas temporadas cuando quería descansar después de algunas de sus magníficas proezas o huir de la fatigosa asiduidad de sus infinitos admiradores.

II

PIFA, LA PAJARITA DE LOS REYES MAGOS



La princesita Rosa Luz era gran amiga de los Reyes Magos. Todos los años, antes del 6 de enero, SS. MM. Melchor, Gaspar y Baltasar pasaban unos días en el Reino Florido, que les cogía de paso para los países donde hacían su gran reparto de juguetes.

La princesita Rosa Luz quería mucho a los Reyes Magos; pero también quería muchísimo a Pifa, la pajarita gentil.

¡Pifa! ¿Que no sabéis quién es Pifa? Pero, ¿es posible? Pues Pifa es nada menos que la inspiradora de los Reyes Magos, a quienes dice cuáles niños han sido buenos y cuáles han sido malos, y en vista de este informe, los Reyes hacen su reparto de juguetes.

Si quieres leer la preciosa continuación de esta estupenda aventura y no la encuentras en tu librería, escribe a la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., calle de Valencia, 28, MADRID, pidiendo que te envíe PINOCHO BATE A CHAPETE y remitiendo su importe (1,50 pesetas), y lo recibirás inmediatamente aunque vivas en América.